

# 1

Fray Cadfael estaba trabajando en el pequeño huerto de la cocina, junto a los estanques de peces del abad, cuando le llevaron por primera vez al muchacho. Era un caluroso mediodía de agosto y, de haber contado con los ayudantes necesarios, a aquella hora todos hubieran estado roncando a la sombra en lugar de sudar bajo el sol. Sin embargo, uno de sus auxiliares habituales, aún sin terminar el noviciado, había decidido abandonar su vocación monástica y reunirse con su hermano mayor, que combatía en el bando del rey Esteban en la guerra civil por el trono de Inglaterra; el otro se había asustado ante la proximidad del ejército real, pues su familia pertenecía a la facción de la emperatriz Matilde, y su mansión del condado de Chester le pareció un lugar mucho más seguro que la abadía de Shrewsbury bajo asedio. Por ello ahora Cadfael tenía que encargarse de todo, aunque en sus tiempos había trabajado bajo soles mucho más ardientes que aquél, y estaba firmemente dispuesto a que sus dominios no se llenaran de maleza, tanto si el mundo exterior se sumía en el caos como si no.

En aquellos primeros días de verano del año 1138, la lucha fratricida, hasta entonces más bien desigual, ya había cumplido dos años, pero nunca se había acercado tanto a Shrewsbury.

Ahora su amenaza se cernía sobre el castillo y la ciudad como la sombra de la muerte. Pese a ello, la mente de fray Cadfael estaba enteramente entregada a la vida y el crecimiento, no a la destrucción y la guerra. Jamás hubiera podido imaginar que otra forma de muerte, furtiva o ilegal incluso en tiempos tan revueltos como aquellos, rompería muy pronto la calma de la existencia que había elegido.

En circunstancias normales, en el mes de agosto no solía haber mucho trabajo en el huerto, aunque para un hombre solo era más que suficiente. La única ayuda que le ofrecieron fue fray Atanasio, sordo y medio lelo, y de quien no podía esperarse que supiera distinguir entre una hierba útil y una mala hierba, por lo que Cadfael rechazó el ofrecimiento enérgicamente. Mejor arreglárselas solo. Tenía que preparar un lecho para trasplantar repollos tardíos y sembrar las semillas de la variedad que crece en invierno, así como recoger guisantes y eliminar los rastrojos de la primera cosecha para dedicarlos a forraje y cama de los animales. Por si fuera poco, en un cobertizo de madera del herbario, que era su mayor orgullo, tenía una docena de preparaciones en vasijas de cristal y morteros colocados en estantes, las cuales exigían atención por lo menos una vez al día, aparte los vinos de hierbas que burbujaban sin cesar en aquella fase del proceso. Era el momento culminante de la cosecha de hierbas, y todas las medicinas para el invierno exigían sus cuidados.

No obstante, Cadfael no era un hombre dispuesto a permitir que una parte de su reino se le escapara de las manos, por muy encarnizadas que fueran las luchas entre los regios primos Esteban y Matilde por el trono de Inglaterra más allá de los muros de la abadía. Cuando levantaba la cabeza e interrumpía la tarea de abonar el lecho de los repollos, podía ver las columnas de humo, cerniéndose sobre los tejados de la abadía, la ciu-

dad y el castillo situado a lo lejos, y aspirar el acre residuo de las hogueras de la víspera. Aquella sombra y aquel olor cubrían Shrewsbury como un sudario desde hacía casi un mes. El rey Esteban efectuaba violentas incursiones desde su campamento más allá de la barbacana del castillo, que era el único camino a pie enjuto para entrar en la ciudad, a no ser que pudiera apoderarse de los puentes. En el interior de la fortaleza, Guillermo FitzAlan apenas podía resistir el asedio y contemplaba con inquietud la mengua de sus provisiones, dejándole los truenos del reto a su incorregible tío Arnulfo de Hesdín que nunca había aprendido a templar el valor con la discreción. Los habitantes de la ciudad mantenían las cabezas gachas, atrancaban las puertas, cerraban sus talleres y, si podían, se dirigían al oeste, hacia el País de Gales, junto a sus antiguos y cordiales enemigos, menos temibles que Esteban. Los galeses se alegraban de que los ingleses temieran a los ingleses (si Matilde y Esteban podían considerarse ingleses) y dejaran al País de Gales en paz, por lo que no se negaban a tender la mano a los fugitivos con tal de que la guerra siguiera por sus fueros.

Cadfael enderezó la espalda y se secó el sudor de la tonsura, bronceada por el sol hasta adquirir el color de las avellanas maduras. Vio que el limosnero fray Oswaldo se acercaba presuroso por el camino con los faldones ondeando al viento. Empujaba por el hombro a un joven de unos dieciséis años, vestido con una áspera túnica de estameña y unos calzones cortos de verano que dejaban al descubierto las piernas, pero decentemente calzado con sandalias. El muchacho tenía todo el aspecto de haberse aseado y arreglado para una ocasión especial, y caminaba mirando humildemente al suelo. Otra familia que procura alejar a sus hijos para no tener que ceder a las presiones de uno u otro bando, pensó Cadfael sin el menor sentimiento de reproche.

—Fray Cadfael, creo que necesitáis ayuda y este joven dice que no le asusta el trabajo duro. Una buena mujer de la ciudad lo trajo al portero, y pidió que lo admitieran e instruyeran como siervo lego. Dice que es su sobrino de Hencot y que sus padres han muerto. Tiene una dote de un año. El prior Roberto ha dado licencia para que se quede y hay sitio en el dormitorio de los jóvenes. Asistirá a las clases con los novicios pero no hará los votos a menos que lo desee. ¿Qué os parece, queréis quedaros con él?

Cadfael observó al muchacho con interés y lo aceptó sin la menor vacilación, alegrándose de poder contar con alguien joven, sano y dispuesto a trabajar. El joven era delgado, pero vigoroso, tenía los pies firmes y parecía muy ágil. Cuando levantó los ojos bajo una maraña de bucles castaños, el monje vio unos astutos e inteligentes ojos azul oscuro, orlados de largas pestañas, su porte era humilde y decoroso, pero no parecía intimidado.

—Gustosamente te aceptaré —dijo Cadfael—, siempre y cuando estés dispuesto a trabajar al aire libre conmigo. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Godric, señor —contestó el joven con la voz ronca, observando a Cadfael con el mismo interés con que éste le observara a él.

—Muy bien, pues, Godric, tú y yo nos llevaremos muy bien. Primero, si quieres, recorrerás conmigo los huertos para que veas lo que tenemos entre manos y te acostumbres a vivir entre estos muros. Me imagino que te parecerá un poco extraño, pero es mucho más seguro que la ciudad; seguramente por eso tu buena tía te trajo aquí.

Los brillantes ojos azules se iluminaron de repente, pero en seguida volvieron a empañarse.

—Procura asistir al rezo de vísperas con fray Cadfael —le

dijo el limosnero—. Fray Pablo, el maestro de novicios, te enseñará tu cama y te indicará las obligaciones que deberás cumplir después de la cena. Presta atención a lo que te diga fray Cadfael y obedécele como es debido.

—Sí, señor —le contestó, virtuosamente, el joven.

Por debajo del acento humilde, una burbuja de risa parecía a punto de estallar. Cuando fray Oswaldo se alejó a toda prisa, los ojos azules le miraron hasta que se perdió de vista y después se fijaron en Cadfael. En aquel modesto rostro ovalado, la boca ancha y bien dibujada parecía hecha a propósito para la risa aunque en aquellos momentos mostraba una expresión de sombría gravedad. Los tiempos eran difíciles incluso para las personas de carácter jovial.

—Ven a ver la clase de tareas que tendrás que cumplir —dijo alegremente Cadfael, dejando la pala para acompañar a su nuevo pupilo en un recorrido por el huerto.

Le mostró las hortalizas, las hierbas que llenaban el aire del mediodía con su embriagadora fragancia, los estanques de los peces, y las plantaciones de guisantes que llegaban casi hasta el arroyo. El primer campo estaba seco y amarillo bajo el sol, con toda la cosecha ya recolectada, y hasta los guisantes más tardíos parecían inclinarse a causa del peso, con las vainas a punto de reventar.

—Ésos tenemos que recogerlos entre hoy y mañana. Con este calor, se estropean en un día. Estos otros ya secos se tienen que desbrozar. Ya puedes empezar. No los arranques, toma la hoz y córtalos a ras del suelo; las raíces son buenas para la tierra. —Cadfael hablaba en tono despreocupado para eliminar los residuos de añoranza y extrañeza que pudiera sentir el muchacho ante aquel cambio tan brusco—. ¿Cuántos años tienes, Godric?

—Diecisiete —contestó la ronca voz a su lado. Era más

bien bajito para tener diecisiete años, pensó Cadfael. Más tarde lo pondría a cavar; esa tierra era muy pesada de cultivar—. Puedo trabajar duro —añadió el mozo como si hubiera adivinado el pensamiento y estuviera ofendido—. No sé mucho, pero haré lo que me mandéis.

—Muy bien, pues, ya puedes empezar con los guisantes. Amontona lo seco aquí, lo usaremos para las camas de las bestias en los establos. Y las raíces volverán a la tierra.

—Como la humanidad —dijo, rápido, Godric.

—Sí, como la humanidad. —Demasiados volvían a la tierra prematuramente en aquella guerra fratricida. Cadfael observó que el muchacho volvía casi involuntariamente la cabeza y miraba más allá del recinto y los tejados de la abadía, hacia donde las torres almenadas del castillo se elevaban al cielo, envueltas en un sudario de humo—. ¿Tienes algún pariente allí, hijo mío? —le preguntó con dulzura.

—¡No! —se apresuró a contestar el joven—. Pero no puedo evitar pensar en ellos. En la ciudad dicen que eso no puede durar mucho..., que podría caer mañana. ¡Pero ellos simplemente han cumplido con su deber! Antes de morir, el rey Enrique obligó a sus barones a reconocer a la emperatriz Matilde como su heredera, y ellos juraron lealtad. Era su única hija viva y *tenía que* ser reina. Y, sin embargo, cuando su primo el conde Esteban se apoderó del trono y se hizo coronar rey, muchos lo aceptaron dócilmente y olvidaron su juramento. Eso no es justo. Y permanecer fielmente al lado de la emperatriz no puede ser malo. ¿Cómo pueden justificar su cambio de bando? ¿Cómo pueden justificar la pretensión del conde Esteban?

—Justificar no es la palabra más idónea, pero algunos señores, muchos más de los que sostienen el punto de vista contrario, prefieren tener por amo a un hombre antes que a una

mujer. Puestos a elegir a un hombre, Esteban era el más cercano al trono. Es tan nieto del rey Guillermo como Matilde.

—Pero no es hijo del último rey. Y, en cualquier caso, a través de su madre, que era mujer como Matilde. ¿Dónde está la diferencia? —La voz juvenil había olvidado su prudente tono moderado y ahora hablaba con claridad y vehemencia—. La diferencia está en que el conde vino a toda prisa y se apoderó de lo que quería mientras Matilde se encontraba en Normandía sin sospechar nada. Y, ahora que la mitad de los barones ha recordado su juramento y se muestra favorable a ella, ya es tarde. ¿Qué saldrá de todo ello sino derramamiento de sangre y muertes? Ha empezado aquí, en Shrewsbury, pero esto no es más que el principio.

—Hijo mío —dijo Cadfael con gran delicadeza—, ¿no exageras un poco en la confianza que me manifiestas?

El mozo, que había tomado la hoz y estaba blandiéndola en su mano a modo de prueba, se volvió a mirarle con sus grandes ojos azules súbitamente indefensos.

—Pues, sí —contestó.

—Y bien puedes hacerlo. Pero procura mantener la boca cerrada con los demás. Aquí estamos en el campo de batalla tanto como en la ciudad. Nuestras puertas nunca se cierran a nadie. Aquí se mezclan toda clase de hombres y, en tiempos difíciles, algunos pueden intentar comprar favores contando historias. Otros pueden incluso ganarse la vida recogiendo tales historias. Tus pensamientos están a salvo en tu cabeza, mejor que te los guardes ahí.

El joven retrocedió e inclinó la cabeza, sintiéndose tal vez reprendido. ¡Pero tal vez no!

—Te devolveré confianza por confianza —dijo Cadfael—. A mi juicio, hay poco que elegir entre ambos monarcas, pero mucho a favor del hombre leal que cumple su palabra. Y ahora,

déjame ver cómo trabajas. Cuando termine de plantar los repollos, vendré a echarle una mano.

Cadfael observó que el muchacho ponía manos a la obra con gran entusiasmo. La áspera túnica le venía excesivamente holgada, probablemente porque la había heredado de algún pariente fornido. Amigo mío, pensó Cadfael, con el calor que hace no podrás mantener ese ritmo mucho tiempo, ¡después, ya veremos!

Cuando se reunió de nuevo con su ayudante en el campo seco de agostados tallos de guisantes, el mozo estaba acalorado y sudoroso y jadeaba a cada golpe de hoz, pero no había amornado sus esfuerzos. Cadfael tomó un montón de rastrojos y lo dejó en el borde del campo al tiempo que le decía, con la cara muy seria:

—Esto no es un castigo, muchacho. Desnúdate de cintura para arriba y ponte cómodo.

Después, él mismo se despojó de la parte superior de su hábito, que ya lo tenía subido hasta las rodillas, y dejó al descubierto sus poderosos hombros morenos, con los faldones colgando del cinto.

El efecto fue complejo, pero no del todo concluyente. El joven interrumpió momentáneamente su tarea y dijo:

—¡Ya estoy bien como estoy!

Pronunció las palabras con admirable compostura, pero varios tonos por encima del áspero nivel adolescente y viril de sus anteriores frases. Al mismo tiempo reanudó su tarea, mientras una clara oleada de intenso rubor le subía desde la clavícula hasta el cuello delicado y la curva de sus mejillas. ¿Significaba aquello necesariamente lo que parecía significar? Tal vez había mentido sobre su edad y la voz acababa de cambiarle. Quizá no llevaba camisa bajo la túnica corta y temía revelar sus carencias ante un desconocido. En fin, quedaban todavía otras pruebas.

Mejor cerciorarse cuanto antes. En caso de que fuera cierto lo que Cadfael sospechaba, la cuestión exigiría una cuidadosa reflexión.

—¡Otra vez la garza que nos roba los peces! —gritó súbitamente Cadfael, señalando hacia el arroyo Meole donde la confiada ave vadeaba la corriente tras haber cerrado sus inmensas alas—. ¡Arrójale una piedra para asustarla, muchacho, tú que estás más cerca que yo!

La garza era una inocente desconocida, pero, si Cadfael no estaba en un error, era improbable que el joven le causara el menor daño.

Godric miró hacia el riachuelo, tomó una piedra de gran tamaño y la levantó; echó el brazo hacia atrás y hacia adelante, impulsándolo por abajo con el cuerpo, y arrojó la piedra hacia los bajíos del otro lado del arroyo. Las salpicaduras indujeron a la garza a levantar el vuelo, aunque a bastante distancia de donde él se encontraba.

—¡Bien, bien! —dijo Cadfael en voz baja, y se dispuso a reflexionar sobre el asunto.

En su campamento de asedio, instalado sobre la explanada que se extendía frente a la barbacana del castillo, entre unos amplios recodos del río Severn, el rey Esteban, nervioso y enfurecido, celebraba la presencia de los pocos salopianos leales (¡leales a él, naturalmente!) que habían acudido a ponerse a sus órdenes, y rumiaba su venganza contra los muchos desleales que no se habían presentado.

Era un hombre alto y ruidoso, de apariencia agradable y cabello muy rubio, totalmente desconcertado por la colisión entre su bondad natural y el intenso dolor de su orgullo herido. Decían que no era muy listo, pero, cuando murió su tío Enri-

que sin más heredera que una hija que estaba en Francia, casada con un hombre de la casa de Anjou, y a pesar de que los vasallos de su tío se habían inclinado servilmente aceptando a su prima como reina, Esteban, por una vez en su vida, actuó con admirable rapidez y precisión. Sorprendió a sus súbditos potenciales, convenciéndoles de que lo aceptaran antes de que tuvieran tiempo de considerar sus propios intereses y tanto menos de recordar sus renuentes juramentos de lealtad. ¿Por qué aquel golpe tan afortunado se había trocado de pronto en amargura? Jamás llegaría a comprenderlo. ¿Por qué la mitad de sus más influyentes súbditos, aparentemente tranquilos durante algún tiempo, se habían rebelado ahora contra él? ¿Escrúpulos de conciencia? ¿Antipatía hacia el rey que les había sido impuesto? ¿Supersticioso temor a la influencia del rey Enrique cerca de Dios?

Obligado a tomar posiciones en serio y a recurrir a las armas, Esteban abrió el camino que le pareció más lógico, golpeando con fuerza donde debía y manteniendo gozosamente la puerta abierta para que los arrepentidos regresaran. ¿Y cuál fue el resultado? Tuvo compasión y los demás se aprovecharon y le despreciaron por ello. Les invitó a someterse sin castigo mientras avanzaba hacia el norte contra las plazas rebeldes, y los barones locales se apartaron de él con desprecio. Bien, pues, el ataque del próximo amanecer decidiría el destino de la guarnición de Shrewsbury y serviría de ejemplo de una vez por todas. Si aquellas gentes de las regiones centrales del país no respondían pacífica y lealmente a su invitación, tendrían que huir como ratas para salvar el pellejo. En cuanto a Arnulfo de Hesdin... Le obligaría a lamentar amarga, aunque brevemente, los insultos y desafíos que le había lanzado desde las torres de Shrewsbury.

El rey estaba despachando a última hora de la tarde, en su